

**“Velando hasta la venida del Hijo del Hombre” (Mc. 13:24-37)**

Sal. 93; Dan. 7:9-10; 13-14; Ap. 1:4b-8; Mc. 13:24-37

Cap. Miranda,  
Hohenau.

Velar significa esperar, ser paciente, aguardar hasta que alguien venga. Jesús dice a los suyos repetidas veces en este pasaje: “Velad”, no se impacienten, no se duerman, no descuiden lo que tienen, ni echen a perder la salvación, no se olviden de que ciertamente estoy por volver para juzgar a los vivos y a los muertos. Jesús te invita, querido joven, a perseverar en la fe.

Tristemente uno recuerda las veces que de joven cometimos el pecado de la desesperanza. Este pecado nos condena delante de nuestro Dios, porque él es el Dios de la esperanza. Este pecado de la desesperanza ataca especialmente al joven de nuestro tiempo, tan cargado de presiones, tanto internas como externas.

En primer lugar, notamos que los jóvenes de hoy en día, pareciera ser que ya no se animan a planificar un futuro con esperanza. No proyectan, no planifican, no luchan por un ideal. La era de los ideales, que es el tiempo de la juventud, parece que ha pasado de moda. El joven de hoy en día sufre mucho, hasta que diría demasiado. Se siente frágil y hasta atacado por cualquier cosa. Siente que todo el mundo está en su contra. El pecado de la desesperanza, hace que el joven sienta que él es la víctima de todo lo que pasa a su alrededor. Ha perdido la capacidad de luchar por sí mismo, ha perdido la capacidad de velar, de perseverar, de aguantar, de sacrificarse por algo que valga la pena. Los padres también somos culpables, en parte de ese estado de nuestra juventud. Por un lado, porque tal vez les planteamos a nuestros hijos metas imposibles de cumplir. Por ejemplo: ser un deportista como Messi o Neymar, ser un cantante como Marco Antonio Solís o la banda de rock Maná; ser un bailarín como fulano; ser una supermodelo como fulanita, etc. Inconscientemente ponemos un peso sobre nuestros hijos tan grande, que ellos, al no alcanzar esa meta, finalmente se frustran del todo. ¿Dónde quedó la felicidad de ir a jugar a la plaza del pueblo? ¿Dónde quedó la inocencia de hacer barquitos y avioncitos de papel? ¿Dónde quedó la alegría de ayudar a papá y a mamá en el campo, en la cocina? ¿Dónde quedó el beso desinteresado, de amor de los padres a los hijos? ¿Dónde quedó la obediencia a los padres, a pesar de que ellos son imperfectos?

En cuanto a las presiones externas a las que se ve sometido el joven de hoy, vemos la presión del grupo, de los medios de comunicación, y de las empresas de marca. Velar en oración, pidiendo a Dios que se haga su voluntad y no la mía, está casi en desuso hoy en la juventud. Hay notables excepciones de jóvenes valientes que se animan a resistir la presión de grupo, que no se dejan llevar fácilmente por la atracción de la moda. Animo a esos jóvenes valientes a “velar”, a perseverar, como nos enseña Jesús en el evangelio. Dios bendice la vida del joven que no se deja llevar por la corriente de este mundo. Es verdad, es algo muy difícil, pero Dios está al lado del joven que sufre por amor a su Palabra, porque este joven sabe y cree que Jesús no le fallará. El tiempo demuestra que Dios premia la fidelidad de los jóvenes, brindándoles más adelante oportunidades en la vida, que no tendrían de haber bajado los brazos. No te desamines querido joven. No bajes los brazos. Dios está a tu lado. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien. No te dejes llevar por la borrachera, ni por la droga, o por el cigarrillo. Tu fidelidad es primero que todo a Cristo. Eso quiere decir, que no eres un joven que hace lo que quiere. Tú eres un joven cristiano luterano, tú tienes principios que otros jóvenes quizás no tienen. Mientras lo demás creen encontrar alivio en el alcohol y las drogas, tú encuentras alivio al pie de la cruz, en la oración, en la Santa Cena. Mientras los demás te presionan a hacer cosas que en verdad no quisieras hacer, pero que al final haces para no sentirte rechazado por el grupo, recuerda que tú tienes a Cristo, que recibe a todos sin imponerles cargas pesadas, sino que te libera de culpa a través de su Palabra de perdón. Estimado joven y hermano, recuerda que el mundo enseña el odio y la violencia, pero que Cristo nos enseñó a amar, así como él nos amó a nosotros. No permitas que el mundo te robe el amor de Cristo. Porque este mundo pasará, pero

el amor de Cristo por ti es para siempre. Aprovecha este tiempo, querido joven, para llamar a la fe a otros jóvenes que están sin esperanza, y a esperar junto contigo la grandiosa promesa de su segunda venida. Procura llevar una vida mansa y humilde, para que el último día no te halle desprevenido. *“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe”* (1 Pedro 5:8-9a). *“Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios”* (1 Ts. 5:6).

*“El Señor está cerca”* (Flp. 4:5). Jesús, el Hijo del Hombre, vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos. Jesús vino la primera vez para redimirnos. Y vendrá por segunda vez para juntar a sus escogidos. Estos son los que fueron llamados por el Evangelio y que fueron lavados de sus pecados en el Bautismo.

Jesús promete volver después del tiempo de tribulación que hacia el fin del mundo. Jesús no se olvida de nosotros. Él cumple lo que promete. El cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Jesús no pasará. Dios cumple con sus promesas, por más que se haga esperar. Dios sigue siendo fiel, por más que nosotros hayamos sido infieles. Jesús con su Palabra eterna, nos da el don de la fe para la vida eterna. Por la Palabra de Dios fueron creados los cielos y la tierra. Esta Palabra es Cristo mismo, el Verbo encarnado. Cristo mismo nos da su Palabra que nos sustenta, que mantiene la fe por la predicación del evangelio, por el Sacramento del Altar. El joven de hoy puede disfrutar de la Palabra de Jesús, y consolarse en sus promesas de perdón, de vida y de salvación. Porque la Palabra de Jesús, es una palabra que perdona, una palabra vida, una palabra que proclama la victoria de Cristo sobre los poderes del mal. La Palabra de Jesús, es una palabra que absuelve, que libera, que rompe las ataduras del pecado, de la muerte y del poder de satanás. La Palabra de Jesús es más poderosa que el cielo y la tierra. La Palabra de Jesús permanece para siempre. La Palabra de Jesús nos resucitará en el día final, y nos llama cada día a una vida nueva, que hemos recibido en el Bautismo. Una vida nueva y eterna que se fortalece y se sustenta hoy día por el Santo Sacramento de Altar, por la predicación sana del evangelio de Cristo, de que nuestros pecados están perdonados, por la gracia y misericordia de Jesús.

Sabemos que los eventos que están pasando alrededor del mundo pueden causar miedo y temor en muchas personas, incluso entre nosotros los cristianos. Por eso es tan importante para nuestra fe la hermosa verdad de que Jesús está por volver. Su venida nos da la esperanza de que el dolor pronto pasará. La angustia se convertirá en alegría. Y que el sufrimiento, o tribulación, no tienen la última palabra. Jesús tiene la última palabra. Es verdad que no sabemos ni el día ni la hora de la venida de Jesús. Pero ciertamente volverá. Jesús hace la comparación con los brotes de la higuera, y así uno sabe que el verano está cerca. También compara su venida con el patrón que deja a sus empleados a cargo de la casa, y que estos se mantienen fieles a su patrón en sus trabajos, porque no saben la hora en que el jefe va a volver. Así también ustedes, jóvenes, sepan que el verano está cerca, y me refiero en un sentido espiritual. Sepan que su Señor que los rescató cumple su promesa de volver. Él les dio el privilegio de ser miembros de su casa, es decir, de su reino celestial. La bendición de ser un hijo de Dios es algo demasiado valioso, demasiado grande, como para echarlo a perder con una vida que va tras los vicios y los excesos. Recuerda, querido joven, que Jesús te ha hecho parte de su casa, es decir, de su reino celestial. Cristo realmente te ha escogido por amor, cuando tú no pensabas en él. Cristo te ha escogido por su gracia, sin méritos tuyos. Cristo te ha hecho un santo suyo, cuando en la cruz del calvario derramó toda su sangre por ti, para tu perdón y salvación. Valora y da gracias a Dios por el don de tu salvación eterna, porque eres un miembro escogido de su casa, es decir, de su reino celestial. Este mismo Jesús que murió y resucitó por ti, y que subió al cielo, dentro de poco tiempo vendrá otra vez para llevarte a las moradas celestiales, al paraíso del cielo. Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ha preparado Dios para los que lo aman. Confía en Jesús: él ciertamente es nuestra esperanza, está por volver, porque él es fiel a su Palabra, y te promete volver para que estemos para siempre con Él, en la felicidad eterna, que no tendrá fin. Amén.